
POLÍTICA

LOS TIEMPOS DEL MIEDO

El topo que describe Kafka en *La madriguera* somos nosotros, ciudadanos de un mundo desarrollado, un topo que tiene miedo de un enemigo que ha demostrado ser capaz, desde las Torres Gemelas a la Sala Bataclan, de golpearnos en esa madriguera que ya considerábamos totalmente segura.

ROBERTO TOSCANO

Hasta hace muy poco los europeos éramos ¡tan civilizados, tan solidarios, tan buenos! Cuidadosos con los derechos humanos, abiertos a acoger a quienes acudían a Europa en busca de seguridad, de libertad, de bienestar. Bueno, no todo el mundo era así, por supuesto. Pero ni siquiera los que no estaban de acuerdo se atrevían a asomar la cabeza, les daba vergüenza expresar el fondo racista de su rechazo a todo lo que fuera diferente, y casi nunca iban más allá de quejarse por el coste de la acogida y por los excesos del “buenismo”.

Hoy las cosas parecen haber cambiado profundamente. La buena disposición de los ciudadanos europeos, al margen de la heroica mino-

ría que se dedica al voluntariado, se ha reducido drásticamente, y el egoísmo ya no rehúye reivindicar sus razones. La causa de los derechos humanos –que había inspirado a los intelectuales y a la gente corriente como una componente de la Guerra Fría (basta con recordar la trascendencia de la Declaración de Helsinki), aunque también los años de transición del siglo XX al XXI– hoy se nos antoja un recuerdo lejano.

Indudablemente, esa cerrazón puede explicarse por los efectos perversos de la globalización, cuyos horizontes de progreso y bienestar generalizado se habían ensalzado de una forma injustificadamente acrítica. Más allá de las promesas y también de las materializaciones concretas, sobre todo en el campo de las comunicaciones, resulta evidente que los grandes fenómenos que influyen en la vida real de la gente (desde el terrorismo a las pandemias, desde las crisis financieras a los desastres medioambientales) escapan al control de los Estados-nación, las únicas entidades en cuyo seno los ciudadanos por lo menos disponen de una posibilidad de influir en las decisiones políticas. Ahora todo se decide en “otra parte”, en un lugar indefinido e inquietante.

De ahí ha surgido una especie de agorafobia política que lleva a la gente a redescubrir unos espacios identitarios más restringidos, más familiares, más comprensibles –aunque habitualmente sean totalmente ineficaces. Y así se está produciendo una inversión del proceso integrador que históricamente condujo a la formación de los Estados-nación y, en el siglo XX, al gran proyecto de integración europea, que hoy también es una fuente de decepciones, dada la evidente merma de su capacidad de propulsión. Aumentan los separatismos y los redescubrimientos de los particularismos regionales, en un tono mucho más radical –pues van acompañados de una exasperación identitaria– que el de una reivindicación sana y normal de autonomía y descentralización.

Pero no se trata solo de cerrazón, de desplome de la solidaridad, de sordera frente a las necesidades del otro. Ante la llegada de miles de refugiados y de migrantes, la gente no solo dice: “el bote salvavidas está lleno”, sino que intenta machacar con los remos las manos de quienes intentan aferrarse a él. Desde luego, Italia no tiene los papeles en regla en materia de eficacia y de respeto por las normas (es cierto que en Italia se concede

el estatus de refugiado a muy poca gente, aunque también es verdad que muy pocos acaban siendo efectivamente expulsados), pero a pesar de todo los marineros italianos han hecho gala, con la operación ‘Mare Nostrum’, de una humanidad que nos honra. Una humanidad, empero, que hoy en día parece cada vez más la excepción que la regla, y que también en nuestro país se ve obligada a lidiar con una opinión pública que está pasando de conmoverse a irritarse, y que incluso se está volviendo malvada.

Aumenta, tanto en el plano normativo como en el de la gestión de la seguridad, la tendencia a aplicar medidas de excepción que limitan los derechos y las libertades civiles.

Se me antoja difícil que George W. Bush se interese hoy en día por la política europea, pero estoy seguro de que si lo hiciera sentiría una gran satisfacción. Los europeos, después de tanto criticar las medidas decretadas en Estados Unidos a raíz de los atentados del 11-S (la Patriot Act, la creación del Departamento de Seguridad Nacional, los medios extraordinarios que se emplean contra la amenaza terrorista), cuando les ha tocado ser el blanco de los yihadistas, se han apeado de su pedestal moral y han empezado a aplicar unas medidas que en el fondo no difieren mucho de las que se adoptaron en Estados Unidos con su *War on Terror*.

Los Estados, es bien sabido –y en el fondo también los Estados democráticos– lo único que piden es que les dejen las manos libres para garantizar la seguridad. Si eso no ocurre es porque funcionan tanto los frenos y contrapesos que garantizan la tensión y el equilibrio entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial como la vigilancia de una opinión pública que reacciona y protesta ante los excesos policiales que vulneran el ordenamiento constitucional de los derechos.

Así pues, ¿a qué se deben la fragilidad democrática, el rechazo feroz, el desplome de la solidaridad humana, la disposición a aplaudir las medidas de excepción a los que asistimos hoy en día?

Para un gran intelectual francés, Pierre Hassner, no hay duda: “El miedo a los demás nos vuelve crueles” (*Le bilan du monde*, enero de 2016).

Y, a propósito del miedo, ¿quién mejor que Franz Kafka podría aclararnos las ideas? En su cuento *La madriguera*, Kafka cuenta la historia de un topo que, aterrorizado, aguza el oído ante unos ruidos que parecen obedecer al avance de unos “depredadores apasionados” que excavan inexorablemente para penetrar en su refugio, para devastar y matar (“Yo vivo en paz en mi casa, y mientras tanto, lento y silencioso, desde no se sabe dónde, el enemigo va excavando su camino hacia mí.”) Es una amenaza angustiada contra una esfera individual, contra la “libertad negativa” de la que habla Isaiah Berlin –y que hoy en día es la única que tiene sentido, teniendo en cuenta el desplome de la “libertad positiva” en términos de compromiso político y de participación. El topo somos nosotros, ciudadanos de un mundo desarrollado, un topo que tiene miedo de un enemigo que ha demostrado ser capaz, desde las Torres Gemelas a la Sala Bataclan, de golpearnos en esa madriguera que ya considerábamos totalmente segura. Y si le preguntáramos al topo de Kafka qué le pediría a quienes detentan el poder y disponen de la fuerza, su respuesta no sería otra que es preciso blindar el perímetro de la madriguera, y más aún, que hay que atacar a los depredadores en sus propias madrigueras. Sin límites, sin reglas. Pero no cabe duda de que las cosas serían muy distintas si, en vez de quedarse en su madriguera, temblando de miedo, y en vez de otorgar a los protectores de su seguridad un mandato incondicional y sin control, el topo intentara influir en el entorno exterior del que proceden esas amenazas.

Ahí es donde la despolitización y la disminución de la participación se combinan con la sordera moral, y donde arranca la deriva hacia lo que, de forma insuficiente, cabría definir como “populismo de derechas”, puesto que en realidad se trata de una regresión a una política primaria y bárbara que borra de un plumazo las conquistas históricas en términos tanto de la ética como del derecho, unas conquistas que configuran, en una medida mucho mayor que una hipotética homogeneidad étnica o religiosa, nuestra identidad como europeos.

Desde luego, el topo está paranoico, y hay quien hace todo lo posible por amplificar sus miedos y sus sospechas con el único propósito de alistar al topo en su proyecto político, pero –como dice Woody Allen–

● Es ilusorio pensar que es posible resolver las amenazas contra la seguridad apostando únicamente por la fuerza militar, sin afrontar el meollo político que está en el origen de los conflictos.

incluso los paranoicos tienen enemigos reales. En otras palabras, los “depredadores existen”, ¡vaya si existen!, y desde luego no son (sin ánimo de ofender a las teorías de la conspiración que arman tanto ruido hoy en día, sobre todo en Internet) una invención instrumental de quienes aspiran a recabar del topo un mandato pleno e ilimitado del uso de la violencia. En lo que se reflexiona poco es en el hecho de que a los muy reales y muy peligrosos “depredadores apasionados” contemporáneos también les mueve el miedo. Su miedo –acaso aún mayor que el que siente el aterrizado topo por su vida, su seguridad y

su integridad física– consiste en que algún día su identidad cultural y religiosa podría quedar anulada. Porque el topo es incomparablemente más fuerte que ellos, no solo materialmente, en términos de riqueza y de capacidad militar, sino también y sobre todo en la capacidad de proyectar y difundir (ellos prefieren decir “imponer”) sus valores y sus estilos de vida, su ética, e incluso su estética. Ese es precisamente el Gran Miedo de los no occidentales, y hoy en día especialmente de los integristas islámicos. Un miedo individual y colectivo que se combina con el recuerdo de glorias pasadas (el Califato, una auténtica utopía reaccionaria) de una civilización grande y transnacional, con la frustración de ir perdiendo por el momento la batalla contra un “otro distinto” occidental, al que en una época determinada se intentó imitar (en sus dos versiones, la euro-estadounidense y la soviética), con unos resultados desastrosos que hoy se pretenden negar; con la humillación de no ser capaces de oponerse a la invasión cultural, económica y política occidental, a pesar de toda la población y de todos los recursos de que en teoría podrían disponer.

Un miedo total que se corresponde con una violencia total.

Pero, ¿cuáles son las raíces de esa profunda sensación de humillación, de derrota? ¿De dónde procede ese miedo no solo a no contar para nada, sino también de quedar anulados, aplastados en su identidad?

Ahí es donde el dato psicológico tiene que encontrar un fundamento creíble en datos concretos, materiales, de naturaleza tanto histórica como política. Porque la sensación de debilidad, de irrelevancia, de marginalidad y subordinación que sienten profundamente los pueblos musulmanes no es, sin ánimo de ofender a las interpretaciones culturalistas forzadas (el ya famoso “choque de civilizaciones”, pero no solo) exclusivamente producto de percepciones de naturaleza psicológica, cuando no psicoanalítica, sino que está muy arraigada en la materialidad de la experiencia, tanto individual como colectiva.

Para empezar, la experiencia del colonialismo y del neocolonialismo. Una experiencia que transmitió una fuerte sensación de impotencia y de pérdida de dignidad, y –sobre todo– una experiencia que sería muy poco acertado relacionar exclusivamente con el pasado, dado que en nuestros tiempos, los de la globalización, las relaciones centro-periferia se caracterizan profundamente por un desequilibrio de poder de naturaleza económica, pero también cultural y política. La creciente desigualdad que caracteriza a nuestra época es real, tanto en el plano nacional como en el internacional, por no hablar de un intervencionismo militar por parte del “centro” que tan solo ha traído consigo devastación, humana y material, desestabilización, y en algunos casos (Libia es el más clamoroso), la destrucción del Estado. Tener en cuenta ese desequilibrio y esas responsabilidades no solo es legítimo, sino imprescindible, tanto en el plano analítico como en el político, y sin embargo –y ahí es donde la lucha antiimperialista de antaño se ha transformado en una maraña de miedo y odio– la evidente atribución de una parte sustancial de la responsabilidad a quienes detentan el poder en el plano internacional se traduce en una declaración de impotencia. El enemigo no es solo poderoso, sino todopoderoso, y sus maquinaciones se enumeran en

una serie de delirantes teorías de la conspiración. Ante ese enemigo diabólico y todopoderoso, solo queda la opción, sin mediaciones y sin reglas, de una lucha que los marginados y los humillados únicamente pueden librar sin descartar ningún tipo de golpes. Eso es lo que explica que, aunque indudablemente las opciones más extremas del islamismo no son mayoritarias en el seno de la comunidad musulmana, exista (como ha puesto de manifiesto una serie de sondeos) un área no desdeñable de comprensión de fondo, aunque a menudo acompañada de un distanciamiento de los excesos más horribles. A pesar de todo, en su momento la popularidad de Al Qaeda alcanzó en el mundo musulmán unos niveles que hoy serían impensables en el caso del Ejército Islámico (EI). Es más fácil entusiasmarse ante el espectacular atentado contra las Torres Gemelas y el Pentágono que ante la decapitación de un rehén, y en los bazares de Oriente Próximo no se venden camisetas con la imagen de Al-Baghdadi, cosa que sí ocurría con la de Bin Laden tras el ataque contra el aborrecido Imperio.

En cambio, lo novedoso de la Primavera Árabe era su rechazo a la impotencia, su repudio no a la causa del nacionalismo, del antiimperialismo ni del pueblo palestino, por supuesto, sino a la apropiación anómala y retórica de esos estandartes por parte de los tiranos. En aquellos días de grandes movilizaciones populares en las plazas de El Cairo o de Túnez no resonaban los habituales eslóganes antiamericanos y antiisraelíes, sino una enérgica denuncia de las injusticias de las sociedades de los propios manifestantes, así como una sonora acusación contra sus dirigentes dictatoriales, a los que se identificaba como el verdadero problema. Se trata de un dato político que esperemos que no caiga en el olvido, ni siquiera después de la transición de la Primavera Árabe al crudo Invierno Árabe que caracteriza la fase actual. En efecto, resulta incluso demasiado evidente la utilización instrumental que tradicionalmente siempre se ha hecho de la polémica antiimperialista y antisionista en Oriente Próximo por parte de unos gobernantes encantados de tener algo con lo que desviar la atención de su indecente gestión del poder, de su corrupción sistemática. No solo el nacionalismo puede ser el último refugio de los canallas, también puede serlo el antiimperialismo.

El malestar y la frustración, por no decir la desesperación, de los ciudadanos de aquellos países, se traducen al nivel de las masas, en toda la región árabe-musulmana, en una radicalización que, tras el ocaso de los partidos laicos y las ideologías revolucionarias del siglo XX, se orienta hacia el islamismo político.

Desde luego, los motivos de esa radicalización no provienen de un resurgir de la fe religiosa (“la revancha de Dios”, como se ha dicho) sino de una serie de auténticas “patologías políticas” que caracterizan al poder prácticamente en toda la región –unas patologías que indudablemente no son un monopolio de Oriente Próximo, pero que allí alcanzan un nivel inusitado por lo radical y lo sistemático de su arraigo. Se trata de fenómenos como: la extrema debilidad, cuando no la inexistencia, del Estado de derecho, con evidentes repercusiones en la propia economía, donde el capitalismo de Estado y el “capitalismo de amiguetes” conviven en una simbiosis catastrófica; los privilegios sin control de las élites de gobierno, que gestionan el poder en clave “extractiva”, a favor de sus intereses, del de sus familias y de su clan; la escasísima integración de las mujeres en la vida productiva.

La cultura constituye otra dimensión importante del problema, pero, al igual que ocurre con la economía, la política es la que determina su atraso y su cerrazón. El poder político, empeñado en mantener su monopolio a toda costa, no deja espacio para un pluralismo de voces en materia cultural, y desconfía de cualquier tipo de pensamiento crítico. En ese aspecto, incluso en los casos en que surge de la base de los movimientos aconfesionales o abiertamente laicos, el poder político a menudo establece alianzas con el integrismo, asumiendo sus exigencias del uso de la represión del Estado contra las desviaciones en materia religiosa.

Sobre todo en las sociedades en transformación, y con una amplia presencia de jóvenes, la uniformidad, el conformismo y los mecanismos rígidos de inclusión y exclusión únicamente pueden imponerse mediante la aplicación de unos extraordinarios niveles de violencia, la de los tristemente célebres *mujabarat*, la policía política, que constituye un rasgo común de todos los regímenes de la región. La represión,

las torturas y las desapariciones, aunque en distintos grados dependiendo de los países, son sistemáticas más que ocasionales. Además, en lo que respecta al nivel político-institucional, estaría bien que no nos dejáramos engañar por la presencia de las elecciones. Incluso en los casos donde se celebran, únicamente se podría definir a los países de la región puntualizando que se trata de “democracias no liberales”, es decir de sistemas donde la democracia puramente electoral carece de requisitos sustanciales, como una prensa libre, la división de poderes entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial, o las garantías para las minorías. ¿Por qué habría de extrañarnos que esa maraña de injusticia, represión y corrupción genere violencia?

Ahí es donde aflora en toda su clamorosa evidencia el error de quienes consideran que el discurso sobre los derechos humanos es una patética e idealista desviación de la realidad –una realidad hecha de conflictos, de intereses materiales “de suma cero”, de imperativos de seguridad, cuando no de supervivencia. El discurso de los derechos humanos es el discurso político por excelencia, y no puede quedar en un segundo plano respecto a las tautologías y las simplificaciones esquemáticas del Pensamiento Único del economicismo imperante hoy en día. Lo mismo cabe decir de la ilusión de que es posible resolver las amenazas contra la seguridad apostando únicamente por la fuerza militar, sin afrontar el meollo político que está en el origen de los conflictos, por delante de las ideologías y las religiones sectarias. *It's the politics, stupid!*

Lo cierto, lo dramático, es que hoy en día asistimos, por doquier, a una crisis de la política aún más dramática que la de la economía, por muy profunda y endémica que sea, y a pesar de su engañoso comportamiento cíclico. Una crisis de la democracia representativa, con disminución de la participación de los ciudadanos; con desconfianza en la política y en los políticos, generada por la constatación de que las grandes cuestiones están fuera del alcance del marco del Estado-nación, pues se han desplazado a unos niveles inaccesibles para el ciudadano corriente; y con una corrupción que de ser una patología ha pasado a ser sistémica.

Y sobre todo, por doquier, el gran miedo de que, además del devastador impacto en nuestro bienestar de las crisis financieras, también está amenazada nuestra propia seguridad física.

Por eso hay tanta proliferación de muros. Contra los refugiados y los migrantes, cuya afluencia se percibe como si se tratara de las invasiones bárbaras de nuestros tiempos, y también contra el terrorismo. Hace poco, el primer ministro israelí, Netanyahu, al anunciar la construcción de un muro a lo largo de la frontera con Jordania, dijo que su finalidad era impedir la infiltración de “depredadores”. Kafka acertó. Y la tragedia prosigue, sin oposición, a pesar de los muros. No porque no existan los depredadores, sino porque desde hace décadas se ha venido demostrando que ni los muros ni las bombas pueden resolver por sí solos los problemas de naturaleza política.

No se trata únicamente de que esas estrategias sean clamorosamente fallidas, sino de la difusión de una concepción del poder y de la relación con los ciudadanos (que en realidad son súbditos sometidos al chantaje del miedo) en las antípodas de la democracia. En efecto, estamos volviendo a Thomas Hobbes –el gran pensador que resulta indispensable como punto de partida de la teoría política, pero que no debería definir su punto de llegada– en el sentido de la aceptación de un poder absoluto capaz de protegernos contra el miedo insostenible de un atentado contra nuestra propia existencia, además de contra nuestros intereses. Un poder que impone unas reglas a los ciudadanos/súbditos pero que aspira a permanecer al margen de ellas, en un estado natural donde el Soberano puede emplear cualquier medio para garantizar la seguridad de la ciudadanía.

La política del miedo no nos salvará. ☹️

Traducción: Alejandro Pradera

ROBERTO TOSCANO, EX EMBAJADOR DE ITALIA, EDITORIALISTA DEL DIARIO *LA REPUBBLICA*.